

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGIUSTIAS

DISCURSOS

LEIDOS EN LA RECEPCION
ACADEMICA DE LOS SEÑORES

DON FRANCISCO LOPEZ BURGOS
Y
DON RAFAEL REVELLES LOPEZ

EL DIA 8 DE MARZO DE 1974

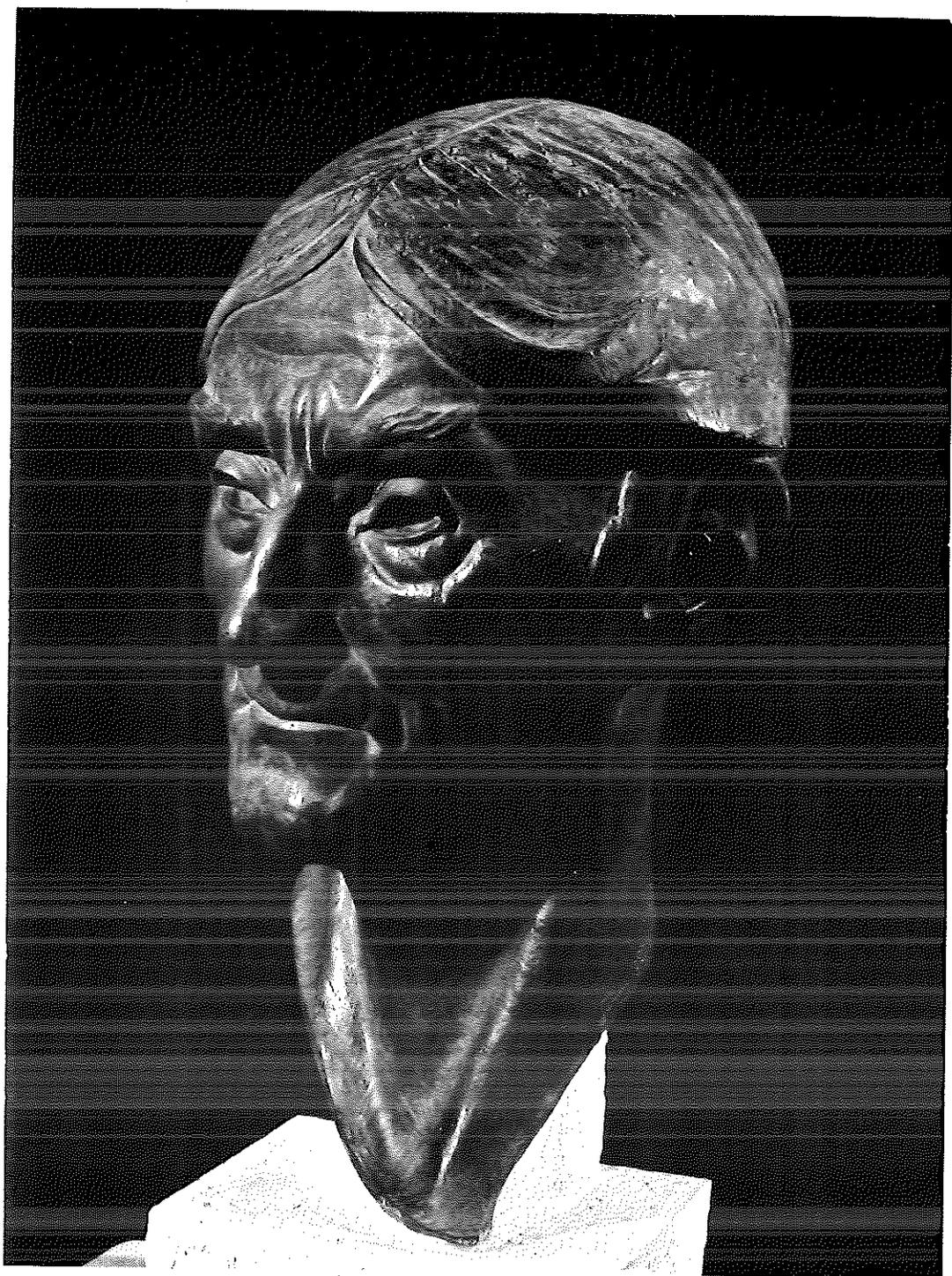


GRANADA
1974

DISCURSOS. Editado e impreso en la imprenta del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada a expensas de la OBRA CULTURAL DE LA CAJA DE AHORROS DE GRANADA Un.Gr. 70-74-08. Dep.leg.Gr.54.1974.

Printed in Spain.

SALUTACION
de
DON FRANCISCO LOPEZ BURGOS



EXCELENTISIMOS E ILUSTRISIMOS SEÑORES
SEÑORES ACADEMICOS
SEÑORAS Y SEÑORES

Gracias por esta acogida solemne en el recinto de esta insigne Corporación. Muchas gracias y perdón porque vengo a sustituir la presencia —de ningún modo su inolvidable recuerdo— de don Eduardo Sánchez Solá. Fue mi antecesor en esta ilustre Corporación, un hombre, un artista, un maestro, que dignificó cumplidamente este mismo lugar, al que ustedes tan generosamente, hoy me han traído.

Su recuerdo. El alto ejemplo de su vida. La singular significación de su arte y el sacrificio de su entrega a la durísima tarea de propagarlo a través de su magisterio, me señalan obligándome a seguirla esa norma difícil, pero gloriosa, a que aspiramos los que como yo, perseguimos la verdad de lo eterno hasta en la significación de nuestra condición humana.

Es ahora precisamente, cuando yo debería saber expresarme en los términos en que mi corazón me pide. Pero estoy seguro de no encontrar la manera de traducir mis sentimientos.

Puedo afirmar, que me debo a Granada y a la comprensión de los hombres. Esta es mi primera verdad; así lo manifiesto por exigencias internas al exteriorizar sinceros sentimientos. No presumo de merecer nada. Pero me gusta pregonar que los hombres debemos convivir manejando verdades y no llevar un puñado de nieve en lugar del corazón.

Por ello y porque debo de alguna manera más eficaz que mi torpe expresión, mostrarles esa gran verdad de mi agradecimiento, me permito ofrecer a esta prestigiosa Corporación, con el ruego de que se digne aceptarla, una obra que realicé con gran cariño. Se trata de una cabeza del genial bailarín español Vicente Escudero.

Permítanme Señores, que lo afirme reiteradamente; el misterio insondable del arte, sólo puede salvarse con la sinceridad. Recuerdo una definición del arte, que siempre he tenido presente y como norma de mi manera de proceder, en lo humano y en lo artístico, la cual está contenida en estas palabras: El arte, es una misión sublime, que obliga al sacrificio; quien esté predispuesto para descubrir a sus contemporáneos el alma de un pueblo haciéndola vibrar en acordes o hablar en piedra, sufrirá el peso de la poderosa fuerza que lo domina, hablará su lenguaje aun cuando sus semejantes no lo entiendan o no quieran entenderlo, preferirá sucumbir de miseria antes de ser infiel a la estrella que lo guía internamente.

Los anteriores conceptos, calaron tan profundamente en mi vida, que a lo largo de ella, he pretendido expresar, a través de mi obra, precisamente la realidad de un mundo sincero, es decir, el placer de sentirme humano y trascendente, describiendo un mundo inspirado en los niños, oasis de

original misterio; en las Virgenes, anhelo de calor divino; en el retrato, síntesis de vivencia infinita. Por todo ello, creo que lo más valioso que puede uno ofrecer a la humanidad, es su inteligencia, su franco corazón, su ilimitado amor a la naturaleza y a los hombres, para que la estrella no se extinga jamás y propague su luz.

Y con la enorme emoción que el abrazo humano infunde, quiero por fin, proclamar rotundamente, mi decidida repulsa, contra la falacia en el arte, ofreciendo mi existencia al servicio de los principios, siempre vigentes que encarna y alimenta esta docta Corporación.

He dicho.

CONTESTACION
del
ILMO. SR. D. JESUS BERMUDEZ PAREJA

EXCELENTISIMOS E ILUSTRISIMOS SEÑORES
SEÑORES ACADEMICOS
SEÑORAS Y SEÑORES

Hace mucho tiempo, nada menos que quince años y algo más, que don Francisco López Burgos fue proclamado Académico de Número de esta Real Academia de Bellas Artes.

Han pasado demasiados años desde entonces hasta la gozosa recepción que nos reúne hoy para recibirle con el honor debido a sus merecimientos; con la simpatía que despierta su temperamento de verdadero artista; vehemente, inquieto, pero siempre afable.

Sólo pudo ocurrir tan increíble aplazamiento por impoderables circunstancias que no pudieron evitarse y que nos impidieron realizar cosas tan amables, como esta de recibir en la Academia a un artista y a un amigo de su valía.

Sin embargo la Academia está totalmente decidida a activar la incorporación de los señores Académicos proclamados y a que este acto sea realmente la iniciación de una etapa reconstructiva que normalice el desenvolvimiento natural de

la Corporación. Al menos ahora, por primera vez desde hace mucho tiempo, de las veinticuatro medallas de la Academia, la que no tiene titular está convocada en este momento, por lo que no existe vacante alguna.

Por eso a esta solemne recepción han de seguir sin demora otras recepciones, al ritmo más acelerado posible, como lo demanda el cumplimiento de nuestros estatutos y la satisfacción de ver a la Academia plenamente constituida y normalizada.

Bien es verdad que, como en otras ocasiones, desde la fundación de la Academia, nos hemos quedado sólo en rescoldo, pero queremos ser rescoldo vivo que transforme de nuevo la Academia en brasa, como habrá de serlo cuando se vea plenamente asistida por las preciosas iniciativas, el celo, la vocación y la valía de cuantos señores fueron ya proclamados Académicos y no han sido todavía recibidos.

Al deseo de alcanzar estas metas se debió sin duda también, aunque no se lograra entonces, aquella elección por unanimidad de don Francisco López Burgos. Pudo haber solicitado la vacante él mismo, pero no lo hizo. La propuesta surgió en el seno de la Academia, de quienes teníamos justificadas esperanzas en su vocación, en su dinámico interés por la belleza, la vida y el arte de esta ciudad, por quienes estimábamos su obra escultórica, por entonces ya importante, y hasta confiábamos en su inconformismo.

Francisco López Burgos había nacido en Granada el 17 de setiembre de 1921, en el barrio de San Justo, pero muy poco después la familia se trasladó a una casa de la calle de Gracia, donde su padre tuvo y dirigía un centro de enseñanza.

Entonces los solares de las casas del barrio los compartían por mitad el jardín y la vivienda con patio. Casas de no mucha elevación, aunque las bajas tapias de los jardines y las altas torrecillas de los miradores les dieran esbeltez y sus detalles arquitectónicos cierta monumentalidad.

Desde las ventanas de su patio, el niño veía con creciente admiración cómo modelaba allá abajo sus figurillas de barro un escultor artesano. El impacto de aquella creación artística, en plano sin duda de sencillez y modestia y por eso mismo más asequible a los años infantiles, iba abriendo surco de ilusión creativa en una sensibilidad bien dispuesta, e impulsaba un deseo irrefrenable de expresarse modelando.

No le atraían tanto las enseñanzas que en su propia casa se daban a otros niños y, por otra parte, la vocación literaria del padre se transformó en el hijo en una voluntad decidida por la plástica escultórica, compartida inicialmente con la pintura de paisajes.

A la familia no le disgustaban aquellas tempranas inclinaciones artísticas, pero no dejaban de recelar del incierto porvenir que han de afrontar quienes entregan al arte toda su ilusionada actividad. Tal vez no veían claro, en una época de crisis escultórica local, cómo podía lograrse con aquello una posición estimable y, naturalmente, trataron de disuadirlo.

El desaliento familiar de una parte y, de otra, la oportunidad de obtener un empleo, hubieran desilusionado a cualquiera sin verdadera vocación. Además, el empleo conseguido le obligaba a trabajar por la tarde, así que no duró mucho entre los discípulos de dibujo del que fue nuestro amabilísimo

compañero de Academia, el profesor Capulino Jáuregui, aparte de que al joven discípulo le venía estrecha la hoja de papel para expresarse.

Prefería modelar el barro y tuvo la suerte de encontrar al profesor Martínez Puertas, comprensivo y muy humano, con excelente preparación de la que apenas pudo aprovecharse López Burgos, aunque le valió mucho la complacencia con que Martínez Puertas le dejaba trabajar libremente en la clase de modelado de la Escuela de Artes y Oficios, en las horas de la mañana, únicas, como se ha dicho, en que podía asistir López Burgos, precisamente cuando no se impartían enseñanzas en aquel Centro.

El aprendiz de escultor se entregaba con afán en aquel vacío a sus primeras experiencias serias, modelando a solas, sin maestro, entre las incipientes esculturas tapadas por los paños húmedos en que la tarde anterior las dejaran envueltas los que hubieran podido ser sus compañeros.

También pasó por algún taller donde encontró herramientas, materiales diversos que labrar, alguna técnica y muchas desilusiones. Pero al salir a la calle la pluralidad de temas que la observación de la gente le sugieren, le desilusionaban de nuevo y volvía a sus barros, en la intimidad del estudio, en un rincón de la torre-mirador de su casa.

Los talleres le ofrecían profesionalidad pero no disciplinada formación, de suerte que nuestro escultor avanzaba más bien como autodidacta que como discípulo y más atento a la humanidad que le rodea y a la experiencia de interpretarla en barro, que a la obra de los famosos escultores o a las

orientaciones tan diversas y un tanto complicadas que iban surgiendo en la actividad escultórica mundial.

Sin embargo no le faltó oportunidad de contactar con la escultura contemporánea y aprovechó la ocasión de conocer directamente Italia, la clásica y la actual, así como el Nuevo Continente. López Burgos volvía entusiasmado de Roma o de Arizona, pero tan López Burgos como había partido, acentuando, si cabe, su autodidactismo y sus preferencias.

Mas antes de que ocurrieran tales cosas había comenzado a ser estimada su obra y a recibir encargos. Tras los incendios y destrozos de iglesias y el resurgir de las cofradías de Semana Santa y de otras devociones, se le ofrecieron oportunidades de trabajo, experiencias profesionales que él recuerda con simpatía: Santos, retablos y tronos procesionales.

En una fotografía de aquellos días se ve a López Burgos entre la multiplicidad de brazos del candelero de un trono, como un enorme púlpito dorado que quisiera atraparle. La intercesión de sus deliciosas Vírgenes lo liberó sin duda y aquellos flameantes barroquismos no llegaron a desviarlo de los dulces tonos y de las graciosas formas de las arcillas, menos grandiosas, pero mucho más íntimas y emotivas.

La primera obra que lo da a conocer en público es un pequeño trofeo para el Frente de Juventudes, que representa a San Fernando. Esto le proporciona la ilusión de verse citado como artista por primera vez en la Prensa.

Con ello su carrera estaba en marcha y había que aforntarla resueltamente. Lleno de confianza en sí mismo, pero conmovido por la incertidumbre de un primer paso decisivo,

acude por primera vez a una Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid, la de 1952, en la que alcanza como primer galardón, una Tercera Medalla. Había presentado el retrato de García Carrillo. Una interesante cabeza con la que inicia y fija ya su concepto del retrato.

El mismo año participa con el retrato de Maldonado en la Primera Exposición Bienal Hispano Americana de Arte, despertando el interés del público y el del Jurado, que le selecciona. El año 1957 vuelve a la Exposición Nacional de Bellas Artes y en esta ocasión le adquiere el Ministerio de Educación y Ciencia la hermosa representación simbólica de la *Maternidad* , que desde 1958 centra una sala del Musco de Bellas Artes de Granada.

Con la Virgen de las Nieves obtiene el Primer Premio Nacional de Escultura. Esta imagen ofreció mayores oportunidades de difundir esa sencillez y emoción tan personal y entrañable de López Burgos. Mucho contribuyó también a dar a conocer su obra la linda cabeza de *Margarita* que es propuesta para Segunda Medalla y adquirida por un coleccionista de Madrid.

En 1959 acude al Concurso-Exposición sobre el tema *Los Niños* , de la Fundación Rodríguez Acosta, que le brinda la oportunidad de realizar una deliciosa escultura infantil de precioso modelado y variada textura, con las que subraya delicadezas. Fué uno de los más bellos concursos de la Fundación, que le valió al escultor el Primer Premio de Escultura y la estancia en Italia durante unos meses inefables.

En 1960 obtiene otro premio por su escultura *Soledad* : el Premio de la Diputación Provincial de Granada, en la

Exposición Nacional de Bellas Artes de ese año, celebrada en Barcelona, y en 1970, en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Sevilla, obtiene Primera Medalla con la *Niña en el columpio*.

En los años 1963, 64 y 65, presenta personalmente cinco exposiciones en América: en Phenix (Arizona) de Estados Unidos; en Nueva York y en San Francisco de California. El éxito fue rotundo. Tuvo que improvisar un estudio para atender demandas inmediatas y aun se trajo muchos encargos más, que allí no pudo realizar. A pesar de un resultado tan feliz y prometedor, se quedó entre nosotros, sin intentar de nuevo una experiencia, que duda cabe, estimulante.

Sus esculturas sin embargo van saliendo de Granada y difundiendo la obra por toda la Península y hasta el Japón o Canadá, de donde reiteradamente le han llamado. También las reciben Perú, la Argentina, Puerto Rico, etc. Aquí mismo, en Granada, la Fundación Rodríguez Acosta le proporciona ocasión de mostrar su personalidad inconfundible, entre aquella importante selección de artistas que fue la Exposición Homenaje a los artistas premiados por la Fundación.

Entre tanto, y durante doce años, afrontó en dos ocasiones, una actividad más: la enseñanza del modelado en el mismo Centro en que él se inició.

A lo largo de esa vida entregada al arte acomete diversas obras. Sobre los muros de nuevos edificios despliega grandes relieves decorativos. Corona la fachada del templo del Colegio de Sordomudos con una composición de setenta metros cuadrados, desde cuyo centro, como un sol, bendice la linda figura del Niño Jesús.

Dos grupos, uno de niños y otro de niñas, decoran el muro exterior de la escuela "División Azul", en Granada, así como un extenso friso a lo largo de dos fachadas en ángulo, del Noviciado de Madres Mercedarias, en Cájar, nos muestra a unos ángeles guardianes, que acompañan a niños, a enfermos y a desvalidos. Más monumental y escueto el Ángel de la Guarda que se inclina protector sobre otros niños, en el terso plano de mármol gris de la fachada de la Caja de Ahorros de Granada, en acertado empleo de la decoración escultórica en la arquitectura.

Grandísima ilusión ha puesto López Burgos en la escultura monumental que embellece plazas, jardines y paisajes. Todos sabemos las preocupaciones y esfuerzos realizados hasta instalar en Sierra Nevada a la Virgen de las Nieves y los propósitos más ambiciosos a que fue preciso renunciar.

Otros monumentos escultóricos continúan en proyecto, o en maqueta, o en simple idea. Algunas de estas van adquiriendo forma, como la idea ya iniciada en Marbella con la *Niña del columpio*, que evita la acumulación de volúmenes de piedra dispersando por el parque figuras de niños entregados a sus juegos preferidos, como un monumento a la infancia y a las flores.

Allí mismo, en Marbella, pero dentro del mar y prendido en paisaje, el monumento de bronce a la patinadora acuática, compensa al artista de esos otros monumentos que permanecen en desilusionante espera. En el de Marbella ha realizado una obra original, en la que el agua no brota más o menos incongruente de cualquier parte de la figura, o de los elementos que la acompañan, sino que surge impulsada en ráfagas como si las levantara el leve patín que aparenta

deslizar serena sobre la alegre espuma, a la que llaman ya la Venus de Marbella.

También ha realizado López Burgos grandes esculturas, que por sus dimensiones y situación exenta ante grandes testeros, adquieren carácter de monumentos escultóricos, tales como un Cristo en el Colegio Regina Mundi, o la escultura en piedra, de tres metros, en Priego de Córdoba y otras más.

Pero la gran escultura requiere taller y toda la dinámica propia del mismo, es con frecuencia estridente. Por eso López Burgos prefirió siempre el recogimiento del estudio. En él, hasta sus vivas expresiones personales adquieren entonces serenidad y concentración especial que transmite a sus creaciones. Las graciosas actitudes y las líneas deliciosas afloran así, semejantes a la naturalidad y el encanto con que trazan siluetas en el aire las esculturas del pintor Degas, concentradas también, como bailarinas, en sus ingrátidos pasos.

Así ocurre con las niñas y muchachas que llevó a las exposiciones de Phenix y en esas otras muchachas similares, fruto no sabemos si de escultor o de poeta.

Dentro de la misma línea, con más simbolismo y similar e íntima emoción, ha interpretado diversas advocaciones de la Virgen. La de las Azucenas, en Canarias, tuvo una aceptación excepcional entre las niñas, que en poco tiempo han adquirido más de dos mil ejemplares. Su Virgen de las Mercedes ha sido acogida con calor de devoción, por todas las Casa de la Orden Mercedaria.

La Virgen de las Nieves es un ejemplo de la grandiosidad que

puede adquirir lo pequeño, tan conforme a la tradición andaluza. A cualquier escala, la imagen, como otras esculturas de él, conserva sus graciosas proporciones y la encantadora serenidad en que se troca el torbellino de nieve arremolinado a sus piés, diluyéndolos. Fueron muchas las dificultades técnicas que ofreció el hacerla invulnerable al hielo y al viento para que pueda esperar allá en la altura a la primavera alpina.

Estas Vírgenes, que constituyen uno de los temas más característicos de la escultura de López Burgos, poseen una candorosa unción espiritual y una cierta levedad, una tendencia hacia la altura, acentuadas por los pies perdidos simbólicamente entre los pliegues de la túnica, que subrayan en su vaguedad, la misión de intercesoras entre el Cielo y la Tierra.

En lo terreno hemos visto como a López Burgos le interesa preferentemente la humanidad que le rodea, de la que nos da una visión casi siempre melancólica, distraída, relajada. Recordad qué visión tan diferente a la de Benlliure, nos ofrece su estampa de los toros, en la que el toro no aparece, ni tampoco por supuesto la multitud. Sólo vemos al torero, meditabundo, junto a una barrera más o menos concreta, pero no al toro. Allí está el hombre sumergido en su problema y nada más.

Tampoco este bailarín que tenéis aquí nos muestra, sus dinámicos pasos y desplantes, ni sus piés. Le basta el gesto y algo más que el parecido: la fuerza de todo un carácter. Lo ve estático, como un asceta del ritmo y la melodía. Los retratos de López Burgos suelen ser diferentes a éste. Casi siempre también cabezas algo menores que el natural. Con

una de ellas, la de García Carrillo, hemos visto que el artista se presentó por primera vez en España, en Madrid, donde recibe una atenta y afectuosa acogida y su primer premio.

Esas cabezas, ejecutadas con simplicidad y firmeza, poseen notable parecido sin incurrir en detalles pintorescos. Sorprenden al modelo en un momento de honda preocupación, que lo adentran en no sabemos qué profundidades de su ser, con la mirada perdida o fijamente clavada en incierta lejanía, lo mismo en la cabeza de Maldonado, que en la más compleja de *Carmen*, pero más increíble en la de Maldonado, que sin dejar de ser él, deja de ser en el retrato de López Burgos el artista cordialmente comunicativo, precisamente a causa de esa expresión tan intensamente concentrada que lo aísla, indiferente al escultor que la modela, como a los amigos que lo observan.

Todavía es más sorprendente la seriedad e indefinida mirada de los retratos infantiles, muy atractivos, delicados y hasta emocionantes a fuerza de simplicidad y encanto. Sin duda el tema preferido de López Burgos fue siempre, como se ha dicho, el de los niños. Excepcionalmente afrontó una tragedia infantil en el niño agazapado junto al muro tibio de la cocina de un bar, en la noche desolada.

En cambio, siempre, aunque no posen para ser retratados, cuando son sorprendidos en sus juegos, los vemos absortos, como preocupados, sin disgusto aparente, al contrario, como en estado de la más elemental felicidad: la de ser niños y posar tranquilos junto al escultor, pero sin mirarle, ajenos por completo a él. Niños que en el parque han de ser ejemplo de sosiego y de corrección. No se agitan, ni corretean. Saltan pausados a la cuerda, van tras el aro a se deslizan serenamente

personalidad de mi antecesor en el sillón que hoy, inmerecidamente, se me otorga.

Gran pintor costumbrista, el popular D. Rafael Latorre, maestro de los más heterogéneos discípulos, a quien le cupo la gloria de eternizar tanto y tanto rincón de aquella la Granada nuestra, que animaba con la presencia de sus figuras populares en los más variados menesteres. Su biografía y cuanto significó su pintura quedan para los críticos e historiadores. A mí sólo me cabe destacar la figura amable de sus últimos años, con la particular sonrisa de infancia ilusionada que no le abandonó. Dios le tenga en su Gloria pintando y sonriendo eternamente.

Cumplidos todos estos requisitos que ratifico con la mayor entrega y el más íntimo convencimiento, comulgando asimismo con la sagrada costumbre de todos cuantos me precedieron, prosigo mi salutación que encaminada va también a aclarar mi postura en este trance.

Si grande es el contento del ciudadano que, destacado por sus excelsas obras en el difícil campo de las Bellas Artes, un día ve premiados sus triunfos con este nuevo que es ser reconocidos por la magna autoridad de la Academia, más, mucho más grande es el que hoy acalora, enciende, mejor dicho, mi corazón.

Hoy, en mi persona, no se premia grandeza. En todo caso, señores, premiaréis humildad. Confirмо, de igual forma, que la Academia no premia privilegiada herencia, ya que sólo estrechez y buena educación blasonan el escudo de mi espiritual aristocracia.

Mermada herencia para metalizadas mentes. Yo le agradezco a Dios que ésta fuera la mía.

Con este morral breve, ligera carga para más fácil paso, deambulé por la vida solo sembrando fidelidad y servicio y también amor.

Más de una vez con amor he pagado las infidelidades. Que mi morral, por ser pequeño, no tiene espacio para resentimientos.

Y así solo con esta mi modesta herencia, sembrando siempre mis amados bienes, la cosecha no se hizo esperar. Mi maestro, mi llorado maestro, D. Gabriel Morcillo, padre espiritual desde épocas muy tristes de mi vida, con su saber encaminó mis pasos. Solemnemente hoy, al notar más su ausencia, desde aquí envío al cielo mi reconocimiento.

Otra mano amiga, apoyo para el cuerpo y el espíritu, médico de ambas cosas para mí y los míos, D. Emilio Muñoz, al que hoy, emocionadamente, envío mi apretado abrazo.

A partir de mi encuentro con estos entrañables seres, bien se puede decir que la cosecha, por abundante se excedió conmigo. Maestros unos, condiscípulos otros, compañeros en los diversos centros, discípulos también y amigos todos de los que obtuve mucho más de lo que yo dí, admiración leal hacia mi obra, superaron siempre cuanto había de esperar.

Si algo soy en la vida, lo debo sólo a haber sembrado amor y haberlo recogido cien por uno.

Eso sí, bastante y en silencio, procuré trabajar, pues nunca

concebí el trabajo como castigo bíblico sino como don celestial que Dios, en su infinita generosidad y misericordia, envía al hombre para su mejor redención.

Los hombres pecaríamos de ingratos, si, al hacer un recuerdo de los seres que nos beneficiaron, olvidáramos incluir en el mismo a aquellos otros que, por alguna causa o carentes de ella, nos estimaron mal. Todos colaboraron a nuestra formación y, en todo caso, el dolor que pueda producirnos un crudo desengaño, más temple el alma que la disminuye. Kant dice con escepticismo que, cuando tiene un desengaño, suele subir las tapias de su jardín. Yo, siempre esperanzado, las dejo bajas, esperando los vientos más propicios. Y aun, si no vienen, si mi pobre barquilla aventurada vuelve a encallar, a más ingratitud, más beneficios espirituales podré obtener. Que no en vano Cristo, cuando viene a la tierra, nos da ejemplo de acopio de afrentas y penalidades.

Agradezcamos pues a quienes nos estimaron mal.

Providencialmente, como todas las cosas suceden en la vida, he tenido la suerte de que mi recepción en la Academia haya venido a suceder en la festividad de un loco de divina locura, de un hombre de continuos éxtasis, enfebrecido de amor sublime que se llegó a llamar San Juan de Dios. Loco como el artista puro y tan humilde de humildad suprema, que supera mil y más veces a la que me acompaña. Sea él quien me ampare en este acto y no consienta que mi alma se desborde para que, de este modo, pueda ofrecer, hoy y siempre, mi humildad y mi servicio así como mi amor que es lo único que, estimo, pudo influir en vuestro ánimo al decidiros a otorgarme el abrumador premio de poder estar entre vosotros.

He preferido ofrecer, cumpliendo con lo establecido para la recepción, como académicos, de pintores y escultores, esta obra mía que título: *“Humilde refrigerio. Mística comunión de las pequeñas cosas.”*. Nada podía simbolizar mejor mi estado de alma en el solemne acto de mi recepción que, para más dicha mía, coincide con la de un gran artista, el escultor Francisco López Burgos, a quien Dios premió no sólo eligiéndolo para el arte, sino para personificar la simpatía y la ternura humanas. ¡Enhorabuena, mi querido amigo! .

Con el mayor respeto. Con el más alto reconocimiento, gracias.

He dicho.

de amistad y compañerismo y por haber informado su vida un credo derivado de lo más lucido de la pintura granadina de mi tiempo.

Rafael Revelles vino a Granada desde su Alcalá la Real natal en plena juventud. Muchacho serio e introvertido dividía su tiempo entre los estudios de Magisterio y los de pintura, estos con Gabriel Morcillo, en la por él y por mi tan amada Escuela de Artes y Oficios, aún no mixtificada bajo la denominación de Artes Aplicadas, magisterio y Escuela de la que salieron pintores tan completos como José Suárez Peregrín, Eduardo Cuesta, Aureliano del Castillo y otros muchos, algunos de los cuales, como Rafael Soto y Jesús Vozmediano por apartados prematuramente del magisterio se perdieron para el arte.

Revelles se conaturalizó con el credo artístico de su maestro, lo siguió durante mucho tiempo fielmente y, con lenta consideración, lo fue acomodando al propio temperamento. Constituyó para él prudente diligencia la de acomodar al personal arte el eminente legado que de Jacobo Emilio Blanche, Emilio Sala, Cecilio Plá y Gallardo y Gabriel Morcillo informó las últimas etapas de la Escuela granadina. Al lado del joven pintor desfilaban en sucesivas y efímeras oleadas todas las novelorías y estridencias que en estos últimos años han sacudido el arte universal. Veía cómo en torno suyo, muchachos que no se habían preocupado jamás de aprender dibujo, se titulaban pintores, exponían y hasta lograban elogios de unos presuntos entendidos, todo esto generado y en triunfo por lo que el sabio profesor muniqués Sedlmayr llamó el caos del arte moderno entre nosotros propagado por una crítica de ligera erudición libresca.

Revelles seguía su camino con lentitud y seriedad,

encaminado hacia una meta que en su perfección el maestro calificaba de inalcanzable para la limitación humana, hasta que, al cabo, la vida se impuso al joven pintor que tuvo que marchar a Loja para ejercer como maestro. En el pueblo se encontró con tradición y ambiente artístico como no le sería fácil esperar. La vieja y culta aristocracia, la prepotencia quedada en sus últimos estadios desde la política de Narváez lo familiarizaron con obras maestras del siglo XIX y con una sociedad en la que aún se mantenía el recuerdo de las discípulas del pintor local Berdugo, regresado de Italia para traer a estas tierras la boga del neoclasicismo. Pero a Revelles le atormentaba en las aulas de su escuela, llena de gritos, risas y llantos infantiles el recuerdo de aquella otra Escuela granadina de la calle de Gracia, donde él había aspirado por primera vez el denso, pero a la vez delicioso para el amante de la pintura, olor del aceite de linaza. Por fin volvió el pintor-maestro a Granada y desde aquí, cursó el título de profesor de dibujo por la Escuela Superior de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla. Ya podía impartir enseñanzas artísticas el hasta entonces discípulo y a poco lo hizo tras reñidas oposiciones, en un Instituto y en su, tan sentida como propia, Escuela granadina, de la que acaba de retirarse, tengo para mí, que por discrepancia con el criterio oficial y practicante que ha transformado las viejas enseñanzas del arte puro, al utilitario y técnico de acuerdo con su denominación de Artes Aplicadas. Ya, Revelles, director del Centro, no tenía nada que hacer en él.

Pero entonces comienza para el artista una nueva vida. Queda atrás preocupaciones, disputas, oposiciones y cuantos contratiempos estorbaban su fecundísima, en lo artístico y aún en lo administrativo, labor en el Centro, y, entonces, como en los años juveniles, Rafael Revelles vuelve a pintar y a

sér el artista de los sueños de toda su vida, no ya el del encargo, el bodegón, el del retrato pagado cicateramente, sino el del total dueño de su tiempo y de su talento y entonces comenzó a trabajar en su casa, totalmente apartado de las vesanias, de los caprichos femeniles de los que para disimular se dejan crecer la barba, de los sustanciosos negocios de los mercaderes del arte y velando su obra al público, se encerró con sus especulaciones y las consecuencias de ellas y quizás haya sido yo el primero en gozar del fruto de tal encierro. Entonces me paralizó el asombro. Jamás pude imaginar cosa parecida. Esperaba una serie de retratos, cuadros de género, bodegones... Hoy se os ofrece una primera aparición de este nuevo arte. La sencillez de su lenguaje es suficiente para explicaros la pureza, la paz, el recogimiento, las ideas de oración, de casta doncellez, de hogar cerrado sobre él mismo, todo esto dicho con fórmulas y estilo de llaneza admirable. Si esta obra que contempláis se os ofrece graciosa y plena de dulzura, como la de los "nabis" del tipo del inolvidable Maurice Denis, no es sino anuncio de otras mucho más complicadas, recias y poderosas como epopeyas, como heroicas tiradas de versos que cantan el afanoso trabajo campesino y el de los pescadores con el que sacan el fruto de la tierra o el mar, las faenas con acentos bíblicos de los lagares, el gozo de sucesivas colinas andaluzas, pobladas de olivos, de sabores y perfumes naturales y de los limpios placeres de los poemas geórgicos de Hesíodo y de Virgilio, todo plasmado y referido en cuadros que por dimensiones y empeño pudieran ser murales, en óleo mate para darle apariencia de fresco, con sentido y gusto de grandeza, frente al corto aliento de la pintura de este tiempo, con dibujo de fuerza asombrosa en contraste con los dengues y primores de los que de almohadón; llamaba aquel Bagaría del "Sol" de mis años mozos, en fuerza de estilizaciones, síntesis y

alambicaciones, en composición firme y grandiosa, con sentido evocador que recuerda los más hermosos entre los murales de Puvis Chavannes por la seguridad y pureza del dibujo, por el simple cromatismo, por lo ajustado y sereno de la composición, la noble compostura de las actitudes, aun de las más violentas, la belleza robusta y clásica de los cuerpos, que hace pensar, junto con el estudiado equilibrio del conjunto en el conocido deseo d'orsiano de rehacer a Poussin sobre el natural, y Revelles lo consigue, añadiendo a las movidas paganías de éste la ponderada y sujeta severidad del borgoñón Puvis.

Y queda el color. A Revelles, jamás le preocupó demasiado el color como exaltación decorativa y sensual; lo prefirió de tranquilas armonías. Ahora prosigue con el mismo criterio. Su matización buscaba suavidades, tintas acariciadoras, a veces un tanto arcaizantes, de vieja litografía. Ahora se ha hecho aun más austero, reducido el color local con supremacía de escasos primarios, a veces ordenado en acordes binarios. Su factura se simplifica asimismo. Al modelado por planos y con escasos frotos con el dedo y leves y directos toques para obtener brillos y eminencias, de acuerdo con la castiza manera granadina, sucedieron a un tiempo planos más amplios; casi esquemáticos.

Pudiera pensarse por lo dicho y por lo que ha de desprenderse de la contemplación de la obra actual del recipiendario, que ésta no guarda ya nada de lo granadino. Le queda del maestro los cimientos. Revelles que fue un día profesor y maestro, sabe como han de respetarse y conservarse lo bien aprendido y asimilado y por debajo de las amplias composiciones de este artista, se vislumbra la recia contextura, la sabia disposición del diseño de Morcillo.

Hoy se siente complacida esta Real Academia al recibir en su seno a un pintor verdadero que confió más que en el vocerío de una publicidad ignorante o pagada, en el trabajo oculto, recatado, hasta misterioso, necesario para cimentar las grandes empresas. Hasta el mismo Jesús, antes de salir a la vida pública se retiró durante cuarenta días al desierto. Todos los auténticos artistas que yo en mi larga vida entre ellos, he conocido, fueron enemigos irreconciliables de tertulias, capillitas y mentideros en los que se solazan y entretienen la vanidad y la insolencia, la envidia y el poco viril cotilleo. Huyeron de los reclamos correspondidos con humillaciones y favores. No adoptaron ridículos y pedantes engolamientos no siempre, ni mucho menos, denotadores de una suficiencia, ya que la verdadera sabiduría es humilde. En el retiro, alejado de esta sucia promiscuidad, Rafael Revelles creó su monumental y poderosa obra última, consagrada a los grandes valores de la vida: la Fe, el trabajo, la pureza, la coordinación de afanes y fatigas, el gozo reconocido en la cosecha del vino que alegra el corazón del hombre y del pan que lo alimenta y fortalece. Sólo él podía realizarlo por lo serio y honrado de su preparación, por su perseverancia en un mismo camino y hasta por su origen en su Alcalá la Real nativa, empinada receptora para distribuirlos por toda la geografía andaluza, de los vientos oreadores de tantas culturas, sobre todo de las artísticas, de Granada y su vega. Con su altivo castillo de la Mota, símbolo de austera fortaleza, que por su ascética reciedumbre resiste, como resistirá por las mismas virtudes la obra de Revelles, los ultrajes del tiempo y de su compañero el olvido.